: Teatro :
Nacional

JUAN M. RODRIGUEZ



# La Silla vacía

Comedia dramática en dos
□□□ actos y en prosa □□□

Estrenada el 1.° de Mayo
de 1912 en el Teatro Vic-
□ toria de Valparaíso □



SOC. IMPR. Y LIT. UNIVERSO
VALP.-SANTGO.-CONCEPC.



1912

TEATRO NACIONAL

# LA SILLA VACÍA

Comedia de costumbres nacionales, en dos actos y en prosa, original de

= **JUAN M. RODRÍGUEZ** =

Estrenada en el Teatro Victoria de Valparaíso el 1.° Mayo de 1912.



SOC. IMPR. Y LIT. UNIVERSO
VALP.-SANTGO.-CONCEPC.

A JOAQUIN MONTERO

CARINOSAMENTE

*El Autor.*

## REPARTO

| Personajes | Actores |
|---|---|
| MISIA ROSARIO | Sra. Fernández |
| JUANA ROSA | Srta. Colás |
| CATALINA | Sra. Xatart |
| PETA | ,, Monti |
| PEDRO GONZALEZ | Sr. Montero |
| DON PANCHO RAMIREZ | ,, Garcia |
| PASCUAL | ,, Fuentes |
| TOMAS | ,, Segura |
| FELICIANO | ,, Puig |
| JESUS | ,, Giné |

La acción pasa en nuestros días y en un pueblo de provincia.



# LA SILLA VACIA

## ACTO I.

*Sala de casa de fundo. A la derecha e izquierda de la sala dos puertas laterales. A la izquierda del actor una mesa de comedor. Aparadores y rinconeras de respetable antigüedad distribuídas en la sala convenientemente. Una puerta al foro. Una lámpara de colgar estará encendida. A la escena debe dársele toda la propiedad de una casa de campo donde vive gente sencilla, pero acomodada.*

### ESCENA I.

*Catalina y Jesús.*

CAT.—Yastá, éjame pasar, e la de no me voy a poner a gritar común barraco.

JESÚS.—Tamién esto que tian e ver! ya no se te puee hablar, porquia lo mejor te isparai como volaor e luces. Y too porque sabe lindina que tiene una cara más bonita que la diun condorito dioro.

CAT.—Yastá! tei dicho que me ejís pasar que se me le ebe tar quemando el asao.

JESÚS.—Ejalo que se queme, que más quemao me tenís vos con esos ojos que parecen carbones encendíos. (*Parpadeando ligero.*) Cuando movís los párpaos así, me se le afiguran soplaores, questán haciendo arder los carbones.

CAT.—Pus entonces espérate que voy pa la cocina a trete un jarro diagua por siacaso te prendís juego.

JESÚS.—No se moleste mialma, porquestoy segurao...
CAT.—En cuanto, ¿se puee saber?
JESÚS.—Quero icite questoy asegurao con otra por siuna vela siapaga...
CAT.—Si ya sabía queray tamién picaflor.
JESÚS.—Bien icís vos que soy picaflor, porque en cuanto no más veo esa cara e flor me sacai pica.
CAT.—Gracioso el niño! éjame pasar.
JESÚS.—Es que vos no pasai agora.
CAT.—Me tomarís por chaucha mala entonces que no paso.
JESÚS.—Ya se pàsó e la niñez, nues pa tanto. Hay cosas que no pasan porque son como los caramelos, los ejai pasar pa lestógamo y a uno se liacabó el gusto en el palaar.
CAT.—Cuando miabís aprobao pa que mencontrís gusto a caramelo.
JESÚS.—Hay cosas que nuay necesiá diaprobala pa saber questán en su punto. Vos se miafigura que soy lo mesmo quel urazno pelúo ques pa coméselo con cáscara, güeso y too.
CAT.—Arrejao a que teatorarai...
JESÚS.—Es lo mesmo que si vos teatorarai conmigo, como mestai tragando por esas troneras que tenís en lugar diojos.
CAT.—Tragando! ataja sombrero e paja que si no techai viento vai a morir afixiao.
JESÚS.—Con tal e morir afixiao en esos brazos que paecen tenazas. Si meai a cuenta un abrazo te ejo pasar.
CAT.—No me gusta ar al fiao.
JESÚS.—Pus entonces me lo ai al contao, ime en cuanto emprencipio a contar. Ese colorcito colorao en la cara es el que me gusta a mí.
CAT.—Ese colorcito te lo voy a emprestar el día que conozcai la vergüenza. Ya te igo éjame pasar que voy a encontrar el asao comuna garrucha e cuero.
JESÚS.—El abrazo primero que yo nostoy pa perder el tiempo. Ay! quén te pillara en un callejón sin salía!
CAT.—El que te va a pillar es el patrón y vos conocís el geniecito que le compré. Asosiégate te icen, ¿que no tiamarraron las manos cuando chico?
JESÚS.—No miacuerdo pèro si mi maire luizo fué una herejía porque me vió chico.
CAT.—Quítate! que siento trancos.
JESÚS.—(*abrazándola repetidas veces.*) Así, bien apretao, como lazo en el cogote.
CAT.—(*reparando en Don Pedro.*) Jesús! ques el patrón!
JESÚS.—(*haciéndose el leso.*) Agora sí que se erramó la parafina!

## ESCENA II

*Los mismos y Don Pedro.*

(*Don Pedro revela en su facha al hacendado ricachón. Habla a la usanza del campo. Su genio es áspero y se irrita fácilmente. Es un hombre bueno y sufrido dentro de su rudeza.*)

PEDRO.—Esués! así me gusta, como abotonaos, no sé como no los eslomo diun trancazo. Lúnico que me farta agora es que mensillen y me galopeen. Ahijuna! con este par de sinvergüenzas.



JESÚS.—(*todo corrido.*) Yo liré, patrón, taba haciendo fuerza por questa mijo...

CAT.—Yo no lije na, fué él que quería a la fuerza...

PEDRO.—Ejarse e paliques y no me vengan con que ña María mató el pájaro. Ta viejo y mañero uno pa que lo cacen con liga. Lo quiay es que vos, Catalina, soy muy tentá e la risa y con los volneos e cola andai triendo algorotaos a toos los inquilinos, y que José Antonio ya mia dao quejas e vos. Ponís cara e mosquita muerta y soy lo mesmo quiavispa que onde picai ejai la roncha.

CAT.—Es que José Antonio me tiene pica...

PEDRO.—Pica ¿no? Lo que te pueo icir es que pa otra vez ya sabís la puerta e la casa ques bien ancha. Agora, a la cocina! (*Mutis de Catalina.*) Y vos de madrugá mensillai el rosillo. Y na e juegos e manos que suelen trer malos resultaos.

JESÚS.—Ta bien pus, patrón. (*Mutis.*)

## ESCENA III

*Don Pedro, Don Pancho, Misiá Rosario.*

(*Don Pancho es un caballero de aspecto venerable que representa unos cincuenta años de edad, viste esmeradamente y en sus modales y conversación revela una educación correcta. Habla reposadamente sin afectación y en todo demuestra ser un viejo amigo de la casa. Misiá Rosario es una viejecita de aspecto simpático. Viste enteramente de negro.*)

D. PANCHO.—Cómo le va, mi amigo, dichosos los ojos...

PEDRO.—¿Y qué ice usté e güeno on Pancho? Siaparece lo mesmo quiunánima en pena e repente.

D. PANCHO.—Y poco me ha faltado para ser ánima, mi querido amigo.

ROSARIO.—Afigúrate, Peiro, que cuando lo vide a la luz del farol me tuve que refregar los ojos pa crer quera cierto lo que véida, asiento pus.

D. PANCHO.—(*sentándose.*) ¿Tan cambiado estoy, misiá Rosario?

ROSARIO.—Usté lo sabrá más mejor que yo, on Pancho, si siá mirao a lespejo.

D. PANCHO.—Tiene razón, misiá Rosario, los años, los pícaros años que pasamos en este cochino mundo. Lo que es, mi amigo Pedro, y yo no nos podemos quejar tenemos más plata en la cabeza que en los bolsillos.

PEDRO.—Es que yastamos e capa quéida, on Pancho, y comuno se levanta con noche bien puee que lelá nos quee en la caeza y el frío nos trasmine hasta el corazón.

D. PANCHO.—Por misiá Rosario sí que no pasan los años. Parece que la hubiese visto ayer.

ROSARIO.—Qué gromista es usté, on Pancho, y yastoy que llego a mascar lagua.

PEDRO.—Usté me va a isculpar, on Pancho, un ratito. Tengo quir a arle órdenes pa mañana al mayoromo pero quea en su casa. Hácele cariño, Rosario.

D. PANCHO.—Pues no faltaba más, vaya usted mi amigo, sin cuidado que yo, como me considero de la casa, no necesito de cumplidos.



ROSARIO.—Y hace muy bien.

D. PANCHO.—Ya ven que mi primera visita ha sido para ustedes. Aprovechando que mi señora...

ROSARIO.—Y a propósito ¿qués e la Margarita?

D. PANCHO.—(*con tristeza.*) Ahí está la pobre con un tumor en el vientre. Sin remedio, porque no he querido que estos bárbaros de doctores la operen. Si está de Dios que se muera, resignación; pero que no la descuarticen. Al fin y al cabo la delantera nos llevará.

ROSARIO.—¡Pobrecita, cuánto lo siento!

PEDRO.—E seguro que se queará a comer con nosotros pa que chemos una conversá.

D. PANCHO.—Imposible! les doy las gracias de todo corazón pero ya ve, mi querido amigo, que sólo llegamos esta mañana y está la casa toda patas arriba. Además la Maiga estaría inquieta por mi tardanza y en el estado en que se encuentra la pobre.

ROSARIO.—En eso tiene razón on Pancho, tiene razón.

PEDRO.—Siento que no se quee.

D. PANCHO.—Pero como no será la última vez que nos veamos.

ROSARIO.—Tiene razón, on Pancho.

PEDRO.—Con su llegá usté nos ha dao un verdadero alegrón. Ejese quer a menúo puaquí quen esta casa paece quiubiera entrao la peste que naiden siacerca. La casa agora ta muy triste... muy triste.

D. PANCHO.—Con mucho gusto vendré a pasar algunas tardes con ustedes para que recordemos los tiempos pasados ¿no le parece misiá Rosario?

ROSARIO.—Y pa que le sacúa a éste esa serieá que lo tiene atontao.

PEDRO.—Entonces con permiso, y mucho gusto e verlo y que no se pierda por estos laos.

D. PANCHO.—Descuide mi amigo. Vaya usted tranquilo y hasta muy pronto.

(*Pedro hace mutis por la izquierda.*)

## ESCENA IV

*Don Pancho y misiá Rosario.*

D. PANCHO.—(*suspirando.*) ¡Qué cambiado está mi viejo amigo Pedro!

ROSARIO.—Las penas que nunca fartan en este valle e lágrimas. Ta muy esmejorao.

D. PANCHO.—Cuánto tiempo sin vernos! Dos años! me parece un sueño. Dos años que no se recreaba mi vista por estos campos floridos siempre generosos con el hombre.

ROSARIO.—Cuando usté lescribió a Peiro taba en Iquique según creo.

D. PANCHO.—Sí, misiá Rosario, luchando por el alpiste. Allá en esas pampas, interminables y tristes, sin un árbol, sin una gota de agua, donde hay un sol capaz de fundir un lingote de fierro, fuí a buscar los medios que me libraran de la miseria en estas horas de la vejez que se empecinan en pasar tan pronto. Ay!

no creí volver nunca por acá. Lo único que me daba pena cuando estuve enfermo de reumatismo era el pensar de que pudiera morirme por allá. En esa tierra no tiene uno ni el consuelo de podrirse siquiera.

ROSARIO.—¿Usté anduvo por too el norte on Pancho?

D. PANCHO.—Sin dejarle un rincón, misiá Rosario.

ROSARIO.—Usté me isculpará, pero no vido por ninguna parte a mi pobre Peiro segundo?

D. PANCHO.—¿Cómo? Pedro se fué?

ROSARIO.—Por esgracia y ya va pa un año y meio en la Pascua. Se esapareció un día con otros diaquí del pueblo y nuemos güelto a saber dél.

D. PANCHO.—Pobre amigo, cuanto habrá sufrido, él que era tan cariñoso con sus hijos.

ROSARIO.—Mi Peiro diagora nués ni la sombra de mi Peiro diotros tiempos.

D. PANCHO.—La Juana Rosa endulzará las penas de su pobre padre, porque recuerdo que la quería con locura. Ya se ve el fruto del amor, el símbolo viviente de una pasión que llena la vida de dos seres. ¿Siempre está tan bonita? Porque recuerdo que la muchacha era un botón de rosa (*reparando en Misiá Rosario que llora.*) Vamos, qué le pasa, misiá Rosario? ¿Por qué llora?

ROSARIO.—Sin querer usté, on Pancho, ha venío a poner el deo en la llaga.

D. PANCHO.—¿Acaso murió?

ROSARIO.—Ha muerto pa nosotros.

D. PANCHO.—Ah! ya comprendo cumpliría con la ley natural. ¿Ha sido desgraciada en su matrimonio?

ROSARIO.—No, si no siacasao...

D. PANCHO.—La verdad que no comprendo.

ROSARIO.—Usté, on Pancho, es un viejo amigo nuestro, es como si ijéramos e la familia. Usté sabe y compriende lo que son las penas por eso no lioculto lo que mañana o pasao tiene que sabelo, porques el pan e cada día en to el pueblo. La Juana Rosa, on Pancho, se fué e la casa...

D. PANCHO.—¿Es posible? Ella tan buena, tan hacendosa, el encanto de esta casa.

ROSARIO.—La semana, que viene hará un año. Un pícaro, un hombre sin conciencia mintiéndole un amor nos robó su cariño lo mesmo quel bandío que en la oscuriá del camino le a una puñalá al caminante confiao. Usté conoció al hijo de on Jerónimo.

D. PANCHO.—¿A Jacinto Henríquez?

ROSARIO.—El mesmo. Las únicas noticias quemos tenío fué espués

e tres meses. Icen questaba en la capital y quel infame labía abandonao. Hemos llorao tanto nuestra esgracia quiasta el llanto sia secao en nuestros ojos.

D. PANCHO.—Pobres amigos míos, ya decía yo al entrar que esta casa tenía un no sé qué que me chocó.

ROSARIO.—Y ya sabe usté lo ques mi pobre Peiro, severo, reuto, cuidando el güen nombre diuna familia honrá. En el pueblo luan mirao mal porquician quera orgulloso y terco. Como quel pueblo bien mirao no pasa e ser un saco dialacranes venenosos.

D. PANCHO.—Naturalmente! A Don Pedro le tienen mala voluntad desde que fué alcalde porque sin componendas ni compadrazgos hacía cumplir las disposiciones municipales. Como que no volverán a tener otro alcalde como ese alcalde!

ROSARIO.—La noticia cundió por el pueblo comuna mancha diaceite y toos los cobardes y malos hombres quisieron hacer leña de este pobre árbol viejo tronchao por la esgracia. La puerta e la casa golvió a quearse múa y urante unos meses entrestas paeres no sioían más que sollozos y lágrimas que quéidan en los manteles e la mesa. Don Pancho, los hijos que se van porque son ingratos sólo güelven a morirse a la casa.

D. PANCHO.—De oírla sólo narrar sus penas misiá Rosario, siento un malestar interior, algo así como un nudo que me obstruye la garganta.

A veces mirando dormir a mis hijos en la cuna me he preguntado si bajo esa sonrisa plácida y serena se esconderá el alma de un bandido, si bajo el dulce mirar de unos ojos azules hay un semillero de pensamientos malos o el corazón de una perdida y siento impulsos de estrangularlos... que me digo! si con una sola mirada y una sonrisa nos desarman esas frágiles criaturas en las cuales ponemos toda nuestra alma con sus ambiciones, esperanzas, ternuras y consuelos.

La ingratitud es propia de nosotros, porque es humana, misiá Rosario. La vida es tal cual es y no como la hemos soñado. Debemos vivir despiertos para morir soñando.

ROSARIO.—Gracias, on Pancho, quialivio es pa una conversar con una persona que compriende nuestros sufrimientos.

D. PANCHO.—Qué me puede usted agradecer? La amistad es como una flor que da al viento su fragancia toda entera, con la diferencia que nosotros damos nuestro afecto y en el afecto nuestra alma. (*mirando el reloj*) Veo que se me hace tarde para regresar al pueblo.

ROSARIO.—Oh! no tenga cuidao que Jesús lo acompañará hasta

lalameda, que a veces suelen salir niños mañosos (*llamando*) Jesús!

PANCHO.—No se moleste, misiá Rosario, que aunque viejo no me dejo acogotar tan fácilmente. Y luego si piensan sacar algo de mí, pues menudo chasco se llevan.

JESÚS.—(*entrando con el sombrero en la mano*) ¿Qué manda la patrona?

ROSARIO.—Vas a acompañar a on Pancho hasta onde velan lánima.

JESÚS.—Bien pus patrona.

ROSARIO.—Es un muchacho muy avisao. La verdá que meá no sé qué que no se quee a comer con nosotros. Teníamos porotos.

D. PANCHO.—Y bastante que me gustan,pero para otra vez será, como no he de estirar la pata esta noche. Despídame de mi amigo Pedro, y de los niños. Buenas noches, misiá Rosario.

ROSARIO.—Que llegue sin noveá y salúos por su casa. Güenas noches

D. PANCHO.—(*desde fuera*) Gracias misiá Rosario.

JESÚS.—(*id*) Puaqui, patrón, no se vaya a quer en ese encatrao.

## ESCENA V.

*Misiá Rosario, luego Don Pedro.*

ROSARIO.—Qué güeno es este on Pancho, siempre el mesmo(*reparando en Don Pedro que entra pensativo.*) On Pancho se fué, ijo que golvería otro día y que te espidiera dél. ¿Te fijaste en que viene muy avejentao y canoso?

D. PEDRO.—Sí!...

ROSARIO.—La iñora está caa vez más malita en la cama. Los méicos icen que querían charquiarla comua la Ufrasia, que Dios la tenga en su santo reino; pero on Pancho ice que si siá e morir pa qué martirizarla, nuescierto?

(*Pedro mueve la cabeza afirmativamente.*)

ROSARIO.—(*alarmada ante el silencio de Don Pedro.*) ¿Qué tenís Peiro? ¿Porquéstai así? ¿Qué te pasa?

D. PEDRO.—(*molesto.*) Ejame, Rosario, no miablís por favor! Tengo una rabia que sería capaz de estestuzar a un güey diun chopazo.

ROSARIO.—Oye Peiro, que no me gusta verte así, ime, qué tenís?

D. PEDRO.—Tei icho que me ejís tranquilo.

ROSARIO.—Sí, ya sé quiagora te fastidio. Es una pena muy grande tener que llegar a vieja pa que no liagan caso ni los perros. Años atrás no me tratabai así! Ime, qué te pasa, Peiro?

PEDRO.—¿Qué te pasa? Na mayormente! ¿Pa qué me lo priduntai espués de lo quiá pasao y e lo que sigue pasando?

ROSARIO.—¿Y cómo querís que yo lo aivine?

PEDRO.—Eso diadivinar lo quiuno piensa ta güeno pa los templaos quiablan con los ojos.

ROSARIO.—¿Tenís pena?

PEDRO.—Pena! qué pena puee caber en este corazón hecho peazos, Rosario! Estos hijos que sian emperrao en matame.

ROSARIO.—Acaso Pascual...

PEDRO.—Ese mesmo, Pascual, el mesmo que efendís cuando yo quero metelo en vedera, el mesmo que te esocupa los golsillos, ese es el quiacaba diacer las diez diúltimas.

ROSARIO.—¿Que liá pasao argo?

PEDRO.—Como pasale, no liá pasao na, por quese tiene las siete vías del gato, pero anoche ha armao un boche en el pueblo quia estas horas hay dos heríos en lespital.

ROSARIO.—¿Quiá hecho, Peiro, questoy temblando e mieo?

PEDRO.—Afíjate pa que viay lo ques ese tejo! Cuando me juí diaquí pablar con el mayoromo llegó on Próspero Morales pa icirme quianoche Pascual, con Hipólito Frees, Nicanor Robles y Jacinto Pérez siabían éido a remoler ondesas que licen las «Chispas.» El comandante e policía ques comuel dueño e casa cuando vido a los muchachos los quiso echar pa juera pa que remolieran unos amigos quiabían llegao e Santiago. Pascual sempaló, los otros tamién y emprencipiaron a volar los vasos e ponche y espués siasomaron los regolvers y tiros a granel. Resultao: heríos e graveá Hipólito Frees y Jacinto Pérez. ¿Qué te parece el demonio de tu hijo en los berenjenales que se mete?

ROSARIO.—E nuestro hijo irás...

PEDRO.—Como vos querai. Ahí tenís vos el resultao e las condescendencias. No tenele cariño es malo, pero tenele mucho es pior. En vez de tener un hombre trabajaor nos ha tocao un flojo, un curao, que no ebía diusar el apelativo e los González. Sí, aunque te nojís, el de los González e quienes naiden tuvo queicir na.

ROSARIO.—Ya golvemos a la mesma toná e siempre. ¿Que le quero? Claro! pa eso es mijo y el amor e maire no se puee isimular. Mientras más esgraciao es un hijo tiene que ser el más preferío e su maire.

PEDRO.—Pero es que vos luabís echao a perder al muchacho. ¿Necesita trabajar? Pa qué cuando tiene casa, cama y ropa limpia. Vos liabís perdío, Rosario.

ROSARIO.—Y vos tamién pa questamos con guaras. Con los años paece que testán flaquiando las piernas y la memoria. Recordai cuando yo no quería arle niún cobre ¿queaciai vos?

PEDRO.—Rosario, es quiay casos...

ROSARIO.—Si nuay casos que valgan, le abai güelta la cartera, pa questamos con gromas.
PEDRO.—Y quiaciai vos cuando yo licía que nuera el Banco e Chile? Di, pus, quiaciai?
ROSARIO.—Es quiaveces el niño...
PEDRO.—El niño!... me suprimiai un plato e cualquier cosa pa arle pa los vicios.
ROSARIO.—Es que vos, Peiro, nuiciste nunca respetar tu autoriá e paire.



PEDRO.—En cambio, Rosario, abusabai e tu ebiliá e maire.
ROSARIO.—Mira yo no me meto en na. Soy tú el que ebís diarreglalo a pueblo.
PEDRO.—Más mejor que hicierai tú.
ROSARIO.—Vos sabís lo empalao ques...
PEDRO.—Y vos sabís el genio mío. Sería capaz...
ROSARIO.—¿E qué?
PEDRO.—De eslomarlo diun palo.
ROSARIO.—Toos los paires queren enderezar a los hijos a golpes.
PEDRO.—Y las maires a fuerza e besos.
ROSARIO.—Lo que ebís hacer es arle una reprensión juerte. Ayer, en cincuenta pesos vendió el caballo mulato por que no le quise ar plata.

PEDRO.—Iceselo tú comuel caballo se lo iste tú.
ROSARIO.—Yo no me meto en na.
PEDRO.—Ni yo tampoco porque tengo hasta las bilis regüeltas con estas rabias quiuno pasa. Ei ebe venir tu hijito seguramente.
ROSARIO.—Mira, no miagai rabiar.
PEDRO.—Allá te la averigües con él.
*(Don Pedro se pasea nerviosamente. Aparece en el foro Tomás con la cabeza vendada. Es un tipo que tiene mucho desplante. Desde el primer momento comprende la escena que acaba de desarrollarse entre sus padres.)*

## ESCENA VI

*Los mismos y Pascual.*

PASCUAL.—(*entra silbando*) ¡Buenas tardes! (*No le contestan.*) He dicho que buenas tardes! (*Pausa.*) ¿Qué mosca les ha picado que parecen dos carabineros esperando al Huaso Raimundo?
PEDRO.—(*a Rosario*) Oíste eso del Guaso Raimundo?
ROSARIO.—Lua icho e seguro por ti.
PASCUAL.—Pues sabe que me está gustando. De seguro que al verme se han quedado mudos de la emoción.
PEDRO.—Güeno, Rosario, ahí lo tenís pa lo que tengai quicile.
ROSARIO.—Lo mesmo te igo yo, comostabai tan guapo.
PEDRO.—Rosario no me provoquís.
ROSARIO.—Peiro, éjame tranquila.
PASCUAL.—(*riéndose*) Por la madre! parece que ustedes estuvieran trabajando en el teatro.
ROSARIO.—Eso, Peiro, lua icho por ti.
PEDRO.—No, fué por ti.
ROSARIO.—Peiro!
PEDRO.—Rosario!
PASCUAL.—Estoy por creer que los ha pillado un aire colado.
PEDRO.—El que siá colao aquí aentro es un granuja que pasa por mijo.
ROSARIO.—Mira ile lo que querai, pero eso e granuja...
PEDRO.—Tú no metís el cucharón agora! Cuando yo hablo, boca abajo too el mundo.
PASCUAL.—Voy a poner el pañuelo para no ensuciarme los labios!
PEDRO.—¿A ónde habís tao anoche?
PASCUAL.—Divirtiéndome con varios amigos.

PEDRO.—E manera quiustees agora se ivierten a balazos? (*Pascual quiere hablar.*) No, igái na saco e mentiras, que ya sé too lo quiá pasao.

PASCUAL.—Entonces me han ahorrado el trabajo de contárselo.

PEDRO.—¿No se te cae la cara e vergüenza? Un guaina como vos que ebía destar trabajando pa ayuar a su paire, quiande por ei jormando bolinas y ando pie pa que pelen a la familia? ¿No tiaburrís destar diocioso calentando sillas y esocupando vasos? ¿No te compaecís destos pobres viejos que sian gastao en el trabajo?



PASCUAL.—(*fastidiado*) Mire, padre, déjese de sermones que ya pasó la semana santa.

PEDRO.—Si ya sé questoy preicando en un desierto y que por una oreja tentra y por lotra te sale; pero no mei de callar... más que me pongai mala cara. A mí no me asustai con tu mala cara. No sé como no tiagarro e los jundillos y te oy una güelta diazotes con el lazo trenzao. Pensando en mujeres y entuavía no tiene nionde querse muerto.

PASCUAL.—Pero tienes tú, que es lo mismo.

PEDRO.—Por eso mestarís eseando la muerte, por eso mestai matando a pausa, pa agarrar los cuatro riales que tengo y botalo con las

chinas por ei. ¿Quicís a too esto? Habla pus. ¿Qué me contestay?

PASCUAL.—Que ustedes lo pasen bien. (*Hace ademán de irse.*)

ROSARIO.—Pero, hijo...

PASCUAL.—Agora va a empezar usted, señora, por los clavos de Cristo?

PEDRO.—Y por los otros clavos que tenís y que no son pocos. Eben ser pernos rieleros!

PASCUAL.—Caramba con la casita esta! Sermones, llantos, rezos ¿esta es la catedral o el cementerio?

PEDRO.—¿Qué tenís vos en ese calabazo con orejas quiandai triendo en lugar e caeza que no comprendís las cosas?

PASCUAL.—Es que ya me tienen hasta la tusa con los alborotos que forman a cada rato. Que si llego a la casa, que si no llego, que si tomo un trago, que si no lo tomo, que si bailo... ¡canastos! que parece que uno hubiera nacido para cantar misa.

ROSARIO.—En nuestros tiempos los hijos...

PEDRO.—Como ice, Rosario, en nuestros tiempos hasta pacerse la barba había que peír permiso. ¿Nuescierto, Rosario?

ROSARIO.—Como ice tu paire, los hijos eran más respetuosos...

PASCUAL.—Es que en ese tiempo los zorzales se pillaban a mano y ahora andan con escopeta! ¿Quién sacó mis aperos de aquí?

ROSARIO.—No sé.

PEDRO.—No sé.

PASCUAL.—Se lo preguntaré a Jesús que suele tener mejor genio. (*Los mira un momento y sale silbando por la primera puerta de la derecha.*

## ESCENA VII.

*Rosario y Don Pedro.*

PEDRO.—No vis, este ha perdío la vergüenza por el camino.

ROSARIO.—Ichoso del que se laya encontrao por questá tan escasa...

PEDRO.—Lo ques a éste hay que soltarle los retos en un aparato desos que licen fológrafos. Me voy pa entro más mejor porque ando triendo el genio común cartucho e dinamita... (*Hace mutis por la izquierda.*)

## ESCENA VIII.

*Rosario, luego Catalina.*

ROSARIO.—(*llamando*) ¡Catalina!
CAT.—¿Patrona?
ROSARIO.—Toavía nuestá puesta la mesa.
CAT.—Voy. (*entrando*) Es questaba ándole güelta al asao pa que no se me le chamuscara.
ROSARIO.—Si necesitas güevos hay en el armario. A José Antonio le ices que te é vino del año pasao pa la mesa. (*Hace mutis por el foro.*)

## ESCENA IX.

*Catalina poniendo la mesa.*

CAT.—Güeno el diablo bien recargoso! por curpa dél me cafetiaron endenantes y la rabia que meá es quese José Antonio se quee riéndose e mí. Me tiene mala voluntá porque se lia puesto que le tengo que tener afición a la juerza. Cómo me va a gustar renunca cuando un ojo liace así como picaporte y tiene una pata meia cuairá más larga que lotra? Yo siei dicir la pura, me gusta José Inacio, José Mercees, José Francisco, José del Carmen, José Toribio, Jesús María y Jesús! Jesús, María y José, quiombre más templao. Es como las arañas.

## ESCENA X.

*Catalina y Jesús.*

JESÚS.—(*entrando en puntillas y abrazándola por detrás.*) Te pillé, malaza.
CAT.—Ay! diablo diombre, que miasustaste! Mándate cambiar questoy agora ecupá.
JESÚS.—Que me mande cambiar, que miabís tomao por billete diaveinte pesos?

CAT.—Ejate e payasás que si me pilla otra vez el patrón me va salir el trigo candial pa mote.
JESÚS.—¡Quén se lo comiera con güesillos! ¿Tiayúo?
CAT.—Con esas manos que tenís vai a trizar las copas.
JESÚS.—Entonces te pondré los platos.
CAT.—Pa que igan espués que vienen tiznaos e la cocina? ¿Ende cuándo no te lavai las manos?
JESÚS.—Ende que te vide y no me voy a lavar hasta que me querai. El día que me lave pa trer la barra e jabón voy a tener quialquilar un burro.



CAT.—Mejor que te la traigai al hombro.
JESÚS.—Tamién payasa que lan de ver. (*Tocándole el brazo.*) ¿Esta percala es dia dos chauchas la vara?
CAT.—¿Pa qué querís saber?
JESÚS.—Pa osequiate una dia tres y no quear ebajo.
CAT.—(*fingiendo alarmarse*) Guarda, guarda, que viene arguen!
JESÚS.—(*adoptando mucha seriedad*) Oye, Catalina, nuabís visto puaquí a misiá Rosario?
CAT.—(*riéndose*) Ja, ja, ja! No la ei visto na.
JESÚS.—Güeno el susto yegua que me pegaste. Afíjate, me brinquea el corazón común potrillo recién ensillao.

CAT.—¿Qués muy chúcaro?

JESÚS.—Vos me lo tenís así porques muy duro e rienda y cuesta sofrenalo. Güeno, Catalina, pa qué miandai haciendo paecer por la pura arverja? ¿Me querís o no me querís?

CAT.—Esuay que pensalo. En esto del amol nues llegar y cortar escobas.

JESÚS.—¿Y pa qué lo pensai tanto? Icen que cuando mi paire liatracó el bote a mi mamita ella lijo: «Ah! mijiste ñatito? I mi paire quera baquiano pa too esto le movió loreja. A lotro día el cura lechó el garabato y por eso toy vivo.

CAT.—¿Diablo tu taitita no?

JESÚS.—Era muy relacho. En eso nuei salío a él, porque yo soy comuel lape e tinta quiuna vez escrebío no sale más. Porque si vos micís: Jesús, vai astar siete días en el cogollo diun álamo; ni con escopeta me goltean. Me cayera muerto ques cierto!

CAT.—Agora sí que siento trancos juertes.

JESÚS.—Contimás que qué nos harán tamién. No nos jueran a meter un susto.

CAT.—Yastá métete pallá no vaya ser el patrón.

JESÚS.—Güeno pus mialma! (*Entra a una puerta de la derecha donde se presume que está la despensa.*)

## ESCENA XI.

*Catalina, luego Feliciano.*

(*Feliciano es un amanuense del juez de subdelegación y viste con cierta elegancia provinciana. Tartamudea, pero no es conveniente exajerar el papel.*)

UN MUCHACHO.—(*señalando a Catalina*) La Catalina lirá ónde ta el patrón!

FEL.—Ca... ca... Catalina!

CAT.—¿Qué quere, iñor? A este hay quiablale por la mañana pa que conteste en la tarde.

FEL.—Ca... ca...

CAT.—Paece que va a cacariar.

FEL.—Catalina! Don Pedro... está en... ca... ca...

CAT.—No igo, a este gallo lia dao por cacariar.

FEL.—En casa?

CAT.—Be... be... Ya me güelto cabra yo tamién, veré siestá. (*Saliendo a la puerta del foro.*) Mira, Peta, habís visto a on Peiro? ¿No?

(*volviendo*) Nuestá, güelva a las ocho espués e comía y con seguría luencuentra.

FEL.—Dígale usted que vue... vue... vuelvo... que vengo mandado por... el juez. Dígale que a Pascual lo han... lo han condenao a cin... cuenta pe... sos de multa por el bo... chinche quiarmó a... anoche.

CAT.—Se... se lo iré. Ya se me le pegó tamién.

FEL.—Buenas... noches!

CAT.—A este hay que arle cuerda comual reló.

FEL.—(*Tocándole la barba.*) Güe... güenamoza.

CAT.—Jutre atrevío! cara e lechuza con flato!

## ESCENA XII.

*Catalina y Jesús.*

JESÚS.—A ese espantajo e chacra paece que se hubiera roto una tripa y que se le sale el viento cuando va a hablar.

CAT.—Y lo atrevío, si miagarró la cara.

JESÚS.—Y no mijiste na? que sistoy yo puaquí le pongo el sello y lo pasamos por peso juerte.

CAT.—Yastá échatelas al güín!

JESÚS.—Y me ejai esperanzao?

CAT.—Pa qué lo priduntai? Paece que vinierai e Chincolco aentro.

JESÚS.—Entonces espués e la comía te voy a ayuar a lavar los platos pa que platiquemos sobrel negocio.

CAT.—¿Qué negocio?

JESÚS.—El del casamiento pus.

CAT.—Yastá, ándate, ostigoso.

JESÚS.—(*dándole un beso*) Toma pa ver si tempachai.

CAT.—Esto nuempacha pus. (*Mutis.*)

JESÚS.—Lo ques yo no me limpio e locico agora, hasta el día en que muera. (*Mutis foro.*)

## EXCENA XIII.

*Don Pedro.*

PEDRO.—(*sacando su bolsa tabaquera y liando un cigarrillo*) Caa día mestá embromando más este ahogo que sufro a caa rato. (*suspira*) Mija! la Juana Rosa... lingrata que ya no golverá nunca... nunca a cerrale los ojos a su paire a lora e la muerte.

Mejor que no güelva por que se me anublarían los ojos y no sé lo quiaría. E lotro, Peiro, puallá perdío en tierras esconocías sin saber siestá vivo o muerto. Toa esta pena amarga paece que juera una pieira muy pesá y muy grande que llevo aquí aentro.

## ESCENA XIV

*Don Pedro y Jesús*

JESÚS.—Patrón! patrón!

PEDRO.—¿Quiay, Jesús?

JESÚS.—Agora ta con un geniecito e julminante. Acabo dir paentro a arle una güelta a las ovejas y vide una luz pal lao e la toma y paece ques on Donisio questá con las mesmas diayer.

PEDRO.—Sí, Dionisio está empeñao en que le agujeree el pellejo y ya me conoce el genio. Oye, Jesús agarra el fusil grande questá en el cuarto e los aperos.

JESÚS.—Pero qué vacer, patrón, por diosito.

PEDRO.—Yo no voy hacer na porque no quero acriminame. Agarrai el fusil y licis a mi nombre que como miaga otra vez peazo la boca-toma, que le mande avisar con tiempo al cura y qué se espía e la familia porque del primer tiro lo voy a ejar más tieso quiun cuello almionao.

JESÚS.—Así se lo iré, patrón. ¿Y si sempala conmigo, quiago?

PEDRO.—Vos sabrís si manejai el fusil o las piernas.

JESÚS.—Ta bien pus, patrón! (*Mutis.*)

## ESCENA XV.

*Don Pedro, luego Rosario.*

ROSARIO.—(*mirando con tristeza a Don Pedro.*) Siempre gruñendo, tiacís mala sangre por too, el día menos pensao te vai a golver loco.

PEDRO.—Loco! claro sia too el mundo se lia puesto en la caeza arme la contra. Ahí tenís a Dionisio toos los días e Dios ha diarmar una cuestión por lagua. Arreglo la boca-toma, pus él viene con la pioná y la eshace. Güeno, yo tengo mucha pacencia; pero los burros tamién la tienen y sin embargo patean juerte.

ROSARIO.—Por qué han destar toa la vía comuel perro y el gato?

PEDRO.—Por quia él se lia puesto que tiene más erecho que yo, pero según lo que icen los papeles y lo quice el abogao el que tienc crecho soy yo. Acabo e mandar pallá a Jesús con el fusil mío.

ROSARIO.—Dios quiera quese bruto no vaya a hacer una barbariá.

PEDRO.—Ayer ya lo habís visto no se púo regar el potrerillo. No sé quirán a comer las bestias dentro diun mes. A veces me an ganas de arle un trabucazo y cortarle el resuello.

ROSARIO.—Peiro! que miasustai cuando tioigo hablar así.

PEDRO.—Mardita sea mi suerte perra!

ROSARIO.—No, Peiro, no maldigai quiay quiacatar la santa voluntá e Dios.

PEDRO.—Lo questoy por creer es que Dios no se preocupa e naiden ¿Qué lei hecho yo pa que me trate así?

ROSARIO.—Ten confianza en Dios que él te pagará toos estos sacrificios.

PEDRO.—Y e seguro que tamién toas mis trampas. Y andan por ei sueltos, tantísimo sinvergüenza, tantísimo hombre malo gozando e la vía a costa del suor de los güenos. Si esas son las justicias que Dios hace, más se puee esperar de on Emeterio, el juez.

ROSARIO.—No igas esas cosas que miacen mal.

PEDRO.—Es questoy que ya estallo.

ROSARIO.—Sí, Peiro, ya sé tus males porque los míos no son menos. La suerte puee cambiar.

PEDRO.—Puee la suerte cambiar, Rosario, puee la suerte cambiar pero ¿quen nos quitará too este atao e penas e la caeza? Si, Rosario, la suerte güelve y los ingratos tamién, pero las grandes cicatrices duran toa la vía, no se borran ya vis hace tantísimos años quiaquel lión que nos robaba los corderos allá en el monte me ió este arañazo cuando lo perseguíamos y la señal no sia borrao. El arañazo e los hijos ha sío pior en la mitá del pecho y esa hería no cicatriza nunca, Rosario.

ROSARIO.—No miablís así, Peiro, que siento que las lágrimas me ciegan.

PEDRO.—¿Quén degolverá a estas paeres la alegría diantes? Hasta los correores floríos los encuentro como apenaos. Ni más ni menos que cuando se muere arguen i a toas las flores uno lianda encontrando olor a muerto.

¿No tiás fijao en el jardín? Toíto enmalezao, hace farta la mano que cuidaba esas plantas. Muchas sian secao. Tan lo

mesmo que este pobre viejo quiagora no tiene una mano quen le peine sus canas.

ROSARIO.—¿Por qué no olvías, por qué no perdonai como yo quei encontrao un consuelo en las oraciones?

PEDRO.—Olviar quisiera, pero me duele aquí tan juerte que cuando cierro los ojos la veo, la tengo metía aquí comualgo que me quema. Perdonar no! nunca! tú bien me conocís. Sé castigar y no perdonar. Hecho a lantigua cuando la gente era diotra laya, sólo ei aprendío a querer y aborrecer, naiden mablao nunca e perdón. Mi paire era así, rúo, inorante, pero güeno como el el pan. ¿E qué nos ha servío que supieran ler y escrebir si nuan sabío nunca lo ques ser güeno?

ROSARIO.—Cállate, Peiro, cállate por favor!

PEDRO.—En mis tiempos no sabíamos leer ni escrebir pero nuéramos lairones dijas ni asesinos e paires. Y entuavía mices que perdone... cuando si golviera, sus besos no golverían a ser los besos diantes, cuando en su boca traería el veneno dialgún hombre malo... cuando hasta su corazón estaría poirío. ¡Ay! cuando me pongo a pensar en esto me paece quiasta los deos se me le ponen garras... y no sé quiaría pa sacarme estas penas... pa arrancámelas... a peazos... aunque me oliera mucho y me llenara e sangre las manos.

ROSARIO.—Peiro e mialma, por quéstai así? ¿No tenís compasión e tu pobre vieja?

PEDRO.—(*distraído*) En las noches no uermo siempre pensando en lo mesmo... siempre atormentao... paece que la vía sialarga... sialarga emasiao.

ROSARIO.—(*corriendo le pasa un vaso de agua*) ¿Qué tenís? Toma un poco diagua.

PEDRO.—No, éjame, nua sío na. Son arrechuchos e viejo (*se limpia los ojos con un pañuelo*) ¿Y Tomás?

ROSARIO.—Entuavía nuagüelto, ebe diandar por el cerro.

PEDRO.—(*señalándose las sienes*) Ese chiquillo ta enfermo e lestógamo. Pus con él nos va a salir el pan comuna flor.

ROSARIO.—Ejalo, Peiro, el pobre es así.

PEDRO.—Ese ha nacío pa jutre no más, anda isfariando solo. Yo no sé ónde diablos se pasa.

ROSARIO.—Es que se lleva estudea questudea ebajo e los árboles porquiaquí le meten bulla.

PEDRO.—En lugar destarse llenando la caeza e lesuras, ebía diaprender a manijar el arao ques más predutivo.

ROSARIO.—Ejalo al pobre ya que no molesta quial fin no piensa en na malo como no sea en sus libros.
PEDRO.—Lo questé la comía miavisai. (*Mutis.*)
ROSARIO.—Ya va estar lueguito.

## ESCENA XVI.

*Tomás y Rosario.*

(*Tomás es un joven que representa al rededor de veintiún años. Su aspecto es simpático, habla sin afectación y viste correctamente.*)
ROSARIO.—Tu paire, Tomás, estaba priduntando por ti.
TOMÁS — (*dejando el sombrero y un libro sobre una silla.*) ¿Priduntando? Mamá, se dice preguntando, qué afán de estropear siempre el lenguaje!
ROSARIO.—Ejame a mí tal como soy, quiafán el de ustees de quiuna ebe ser como se les mete entre ceja y ceja. En mis tiempos a nosotras mis paires no nos ejaban ir a lescuela pa aprender a leer y escrebir, porque ician quera na más que pa cartiarnos con los tiemples. ¿A ónde habís estao toda la tarde?
TOMÁS.—En el bosque de boldos, mamá. Estaba tan hermosa la tarde a pesar del calor. Me tendí a la sombra de un árbol y me puse a escuchar el canto de las chicharras El agua en la quebrada parece que cantaba una canción muy bonita. Cerré los ojos cegados por la luz y me quedé dormido. El viento perfumado de la tarde me despertó y hasta aquí he llegado afirmándome en las paredes ¿vas a creer, mamá, que todavía tengo los ojos llenos de sol y veo todo incendiado?
ROSARIO.—Hijo mío, que too eso te puee hacer mal a las largas.
TOMÁS.—No hace mal, mamá, este amor a la vida, a la naturaleza. Tú no sabes cómo todo tiene para mí un encanto misterioso. Una brizna de paja, un rumor de alas, el canto de un grillo, una hoja que cae, el hilo de agua que canta en las peñas, la mariposa que parece una flor del aire, todo llena mi espíritu, todo golpea a las puertas de mi alma y lo llena de perfumes. Mi padre dice que soy un haragán, no, mamá, es que soy distinto de los demás. Mi vida es todo amor, una vida inútil, si se quiere, pero todo amor. Por eso yo he perdonado a mi hermana porque ha amado mucho.

ROSARIO.—Ya sabis que tu paire no quere que siable della.

TOMÁS.—Mi padre es de cuño antigüo, y según su decir, no se convence ni con el mocho del hacha. ¡Pobre padre! siempre ha tomado la vida como una cárcel donde los hijos están sujetos a los caprichos de los carceleros. El mundo es de todos y el espacio se ha hecho para el vuelo. No le pidáis, mamá, al pájaro que nació para ser libre, que llene el aire con sus trinos, que endulce vuestras horas teniéndole prisionero.

ROSARIO.—Yo no sé, Tomás, cuando tioigo hablar meá gusto y se me serena el corazón, pero por más quiago por entendete lo quicís me paece tan rúo que mean ganas e llorar porque no te compriendo.

TOMÁS.—¡Pobre viejecita mía! mejor que no lo comprendas bástete sólo con comprender que tu hijo loco o tonto te adora y venera tu cabecita blanca. ¿Mi padre ha estado por acá?

ROSARIO.—Sí.

TOMÁS.—Siempre huraño; verdad? El pobre viejo concluirá por perder el poco juicio que le queda. Me da una pena cada vez que le veo pensativo. Si no fuera tan terco!

ROSARIO.—Tu paire será siempre igual.

TOMÁS.—Genio y figura hasta la sepultura, dice el refrán. ¿A dónde iba Jesús que le vi pasar con el fusil al hombro?

ROSARIO.—A la boca toma.

TOMÁS.—La eterna cuestión con el señor Dionisio. Antes se mataban por un vaso de ponche, ahora al revés, por una gota de agua.

ROSARIO.—Cállate que siento los trancos de Peiro.

## ESCENA XVII

*Los mismos y Don Pedro.*

PEDRO.—Entiendo ques hora diacer algo por la vía. (*reparando en Tomás*) ¿A ónde tabas tú?

TOMÁS.—Arriba, papá, en la quebrada. Estaba tan bonita la tarde y el agua parece que cantaba en las piedras.

PEDRO.—Ejate e lesuras... esués too lo que tian enseñao los gringos en Santiago? Estoy seguro que no sabís zurcirte los calzoncillos ni pegarte los botones del paltó. ¡Que canta lagua! la lesura que les maúra... Pridúntale a Pascual qués lo que canta, quese sabe más que vos.

ROSARIO.—Peiro, éjalo tranquilo, qué tiace e malo el niño?

PEDRO.—Es que too eso que tiene metío en la cacerola luá sacao desos libros que licen novelas que mis paires quemaban en la cocina pa que no sembrujaran los jóvenes. Ei tenís vos a la Merceítas que tomó veneno por tar liendo esas cosas. ¿Que no vis quel corazón e los jóvenes es lo mesmo que masa que siamolda a too?

ROSARIO.—Los sermones pa postre. ¡Catalina!

CAT.—(*entrando.*) ¿Quice la patrona?

ROSARIO.—Que ya poís servir cuando querai. Yastá, Tomasito, no siapene, vamos pa la mesa. ¡Pascual!

PASCUAL.—(*de adentro.*) ¿Mamá?

ROSARIO.—A la mesa que ya es tarde y puee venir gente.

PASCUAL.—Voy.

## ESCENA XVIII.

*Pascual, Tomás, Don Pedro, Misiá Rosario.*

(*Todos toman sus respectivos asientos. Catalina durante esta escena entra y sale con platos.*)

PEDRO.—¿E laji? ¿La cebolla? Niuna cosa en su lugar, tiene uno quiandar encima e too.

ROSARIO.—(*sentándose.*) Con un poco e pacencia, Peiro, siarregla too.

PEDRO.—No veo el vino. ¿Tengo o no tengo razón pastar protestando a caa rato?

ROSARIO.—Siéntese, Tomasito, y no liaga caso. A ver vos, yerba amarga, a tu asiento.

PEDRO.—(*santiguándose.*) En el nombre del paire, del hijo y del espíritu santo, amén. (*Misiá Rosario, Tomás y Pascual se santiguan en silencio.*)

Paire nuestro questai en los cielos... (*murmullo de oraciones.*) Amén.

(*Al tomar la primera cucharada de sopa mira Don Pedro a su alrededor con curiosidad. Catalina permanecerá a una distancia respetuosa de la mesa.*)

ROSARIO.—(*reparando en su inquetud.*) ¿Qué buscai Peiro?

PEDRO.—(*Dando un fuerte puñetazo en la mesa que hace saltar los platos.*) ¿Comués eso, Catalina? ¿Aquí no se cumple lo que yo mando? ¿O tengo questar toos los días repitiendo lo mesmo?

CAT.—Patrón! (*asustada.*)

PEDRO.—(*airado.*) ¿Hasta cuándo tengo quicir quiaquí onde se sentaba la Juana Rosa ebe diaber siempre una silla vacía y un plato servío?

CAT.—(*turbada.*) Se me... (*coloca la silla.*)

PEDRO.—Pónelo inmediatamente que con esta rabia soy capaz... hasta de llorar!

(*Misiá Rosario, Pascual, y Tomás inclinan sus cabezas y se enjugan las lágrimas. D. Pedro solloza y con un gran pañuelo lacre se enjuga los ojos.*)

(*El telón durante se desarrolla esta escena caerá lentamente.*)





# ACTO II.

*La misma decoración del acto anterior.*

## ESCENA I.

*Jesús, Catalina, Peta.*

JESÚS.—(*que llega perseguido por las sirvientes.*) Güeno, güeno, éjenme resollar quei venío comuna cicleta a toíto lo que an las piernas.

CAT.—Cuenta, Jesús!

PETA.—Cuenta pus ho! tamién enterao que tian e ver.

JESÚS.—Cómo queren que les cuente si tréigo el tragaero como papel e lija y se me le pega la luenga en el palaar?

CAT.— (*saca una botella del armario y le llena un vaso con vino.*) Toma ho, que ya parecís un odre con dos patas.

JESÚS.—(*paladeando el vino.*) Estués ya otra cosa. Este es del que toma el patrón, nuescierto? Güeno el vinoco nuay que quitale ni ponele.

CAT.
PETA. } Yastá, pus, cuenta!

JESÚS.—¿Que no vis ques un secreto que tengo que guardarlo como un goleto diagencia?

CAT.—Siasí vai a ser espués que nos casemos, más mejor que miarrepienta.—Entuavía es tiempo.

JESÚS.—Güeno, es un secreto pero no se lo vayan a icir a naiden Ei visto... ei visto. Se la oi en dos, ¿a que no la aivinan?

PETA.—A misiá Mariquita.

JESÚS.—Qué tengo que ver yo con esa vieja pulguienta.

CAT.—Al «Tripas diagua.»
JESÚS.—Frío, frío...
CAT.—Al «Pajarito.»
JESÚS.—Frío, frío.
CAT.—Yastá pus, nostís engromando que meá rabia.
JESÚS.—Cateen a ver si viene arguen. Nuay naiden por ei?
CAT.—Naide.
PETA.—Naide.
JESÚS.—Atracarse quiasta las paeres tienen orejas. Ei visto...
CAT.—Güeno el hombre.
JESÚS.—Atrácate vos, Catalina, un poquito más... A la iñorita Juana Rosa.
CAT.—A la iñorita? Vos tai viendo visiones.
PETA.—A la iñorita Juana Rosa. Ah!...
JESÚS.—Me recondenara ques cierto!
CAT.—Onde, ¿onde?
JESÚS.—Cerca de onde on Pancho Ramírez.
CAT.—Toy por no creete, como soi tamién embustero.
JESÚS.—Iba yo galopiando por el bajo lo más pajita, e güelta del pueblo cuando vide una iñora mui bien presentá, y que por poquito no le paso el pingo por encima. Se dió güelta y me miró y mijo: Jesús! que ya no me conocís? La queé mirando un güen rato, me golpié la frente y mije: Pucha que soy bruto, siés misiá Juanita Rosa! Entonces me ió la mano, me priduntó por toos los diaquí; y quibacer, yo le í satisfauciones, nuescierto?
CAT. / PETA.—Ciertito.
JESÚS.—Si les ei dicir la pura, me ió su pena verla tan escoloría. Nuera ni la sombra e la patrona que conocimos cuantuá. Eso sí quianda triendo un vestío e meio pelo...
CAT.—E tercio pelo, ho!
JESÚS.—Güeno deso que vos icís, que ebe diaberle costao más de sus doce riales. Como soy tamién blandito e corazón en cuanto le vide los ojos me puse a llorar lo mesmo quiuna regaera. Ella tamién echó su manito, a lo pobre. Cuando ya me venía pacá mijo: no igai na que miabís visto, estoy en casa e on Pancho pasa puallá toos los días. Al espeírme miuntó la mano con cinco pesos.
CAT.—Y vos se los recibiste?
JESÚS.—Yo no quería ni a juego; pero cuando la vide triste no mia cuerdo cómo estiré la mano y me guardé los cinco en el golsillo.
CAT.—Ay! si lo sabe misiá Rosario!

JESÚS.—Ya sé que tenís la luenga larga; pero comó sepa que habís pasao la voz a la patrona tenís quir a ponete dientes a lespital. Lo mesmo te igo a vos, Peta.

CAT.—Y el vestío es de cola?

JESÚS.—Común pavo rial.

CAT.—Qué requete bien ebe versé la iñorita así. Tan espigá y graná quera.

JESÚS.—Si vos la vierai te aría una pena y te soltariai a llorar a moco tendío. ¿Y el patrón?

CAT.—Agora ha amanecío, aunque yastá e noche, con un genio pior quel del «Mono» que no eja e lairar too el tiempo. No vis quioy es el cumpliaños e la iñorita?

JESÚS.—E veritas, ya no miacordaba, por la maire.

CAT.—Tiacordai del año pasao?

JESÚS.—No mei diacordar! Cuando hasta la Peta se curó hasta las patas!

PETA.—Vos juiste el que me curaste con ese ponche tamién cabezón quiaciai.

JESÚS.—El patrón se portó bien voltario por que hay qui icilo el patrón es más abierto quel portón del cuartel e policía que no se cierra ni e noche.

CAT.—Jueron diez corderos.

PETA.—Catorce gallinas.

JESÚS.—Diez arrobas e vino que yo mesmo las medí. Y yo tamién isparaba los volaores. ¡Ave María! qué lanchá e regalos le treidan a la iñorita.

CAT.—Y la gente qué paecía quiandaba en las estaciones.

JESÚS.—¿Y agora? Niun trago pa matar la sé, que nues poca. Esta-mañana icen que le ligó a José Antonio. El patrón liajustó un pencazo que por poco lo estestuza.

CAT.—Es que ebe tar apenao, Jesús.

PETA.—Siestá apenao, que se esquite con su agüela. A mí mia echao tres retos a lilo por que no lei dao e comer a los perros.

JESÚS.—Yastá, que yo nuaguanto questén pelando al patrón elante e mí. Pa juera que tengo que arle un recao y como las pille aquí les va a llegar el pan del campo. (*Las dos hacen mutis.*) (*Jesús corriendo hacia la puerta del foro.*) Catalina ¡Psht!

## ESCENA II.

*Jesús y Catalina.*

CAT.—(*entrando nuevamente.*) ¿Qué querís fastidioso?
JESÚS.—Te treigo un osequio. Tómalo (*le pasa un retrato de lata.*)
CAT.—¿Soi vos?
JESÚS.—El mesmo. Afíjate lo bien que salió la bestia.
CAT.—(*riéndose.*) Vos irís las os bestias.
JESÚS.—Tenís razón. Taba en el pueblo cuando al pasar por la plaza ivisé una pila e gente. Miacerqué criendo quera un boche y vide a un gringo retratero que gritaba. «A cincuenta cobres el retrato en un menuto.» Metí el pingo bien encachao y me puse en facha. Este mije, es pa mi negra pa que uerma conmigo.
CAT.—¿Cómo?
JESÚS.—Paque uerma conmigo en lalmuá y no meche en olvío.
CAT.—Pero es de lata esto.
JESÚS.—Más mejor que e cartón porque comuabís destarlo besuquiando a caa rato, más te ura, pus.
CAT.—Miren, pus, el diablo alabancioso. (*llevándose el retrato con coquetería.*) ¡Ave María!

## ESCENA III.

*Feliciano y Jesús.*

JESÚS.—(*al verlo aparecer en la puerta. Feliciano observará con curiosidad a su alrededor como atisbando a Catalina.*) Apareció el chuncho! Este nuanda nunca en na güeno.
FELC.—Bue... buenas noches!
JESÚS.—(*bromeando.*) ¿Quiandará haciendo este cernícalo? Güe... güenas!
FELC.—Está en ca... casa Don Pe... Pedro?
JESÚS.—Nuestá en ca... casa. No luago mal.
FELC.—Entonces no... no ha llegado.
JESÚS.—Paece que juera gringo usté.
FELC.—Ca... ca... caramba! y llegará luego?
JESÚS.—Que... qué se yo.
FELC.—Pero vol... volverá, no es cierto? (*se siente un disparo.*) Cas... cáspita! saltean por... por aquí?

JESÚS.—A veces luacen los niños por entretenese. Agarran un fusil y pum! y espués agarran un corvo y ris!... ras! comuna sandilla



FELC.—Jesús! que... qué gente! Yo no puedo demorarme.... mucho. Así es que... que... que...

JESÚS.—Qué pus?
FELC.—Que te voy a dejar un... un recado para Don Pedro. Le dices que... que por el boche que... que metió anoche... Pascual el ju... el juez lo ha condenado a veinte pe... pesos de multa.
JESÚS.—Tan poco, no? Fué muy macizo?
FELC.—Es... estaban topeando en la vara y hubieron pencazos a mon... montones. Pascual le rajó el ma... mate de un estriba a Jo... José Domínguez. Si no hubiera sido por... por eso no... no... no le habría salido nada.
JESÚS.—Claro sistá urmiendo a esora en la cama no le pasa na tampoco.
FELC.—Bue... bueno como estoy apurado me voy, si... si no estuviera apurado me... me quedaba. Bue... buenas noches!
JESÚS.—Güenas y que no se que... quéiga en el correor.

## ESCENA IV.

*Jesús.*

JESÚS.—Güeno con el hombrecito éste, se llega a poner ñato pa icir cualquier cosa. Con el geniecito quiamaneció hoy el patrón ligerito le voy a icir yo lo e la multa pa que espués se esquitara conmigo. Lo que miá dao que pensar es el tiro quei oío cuando taba platicando con esa matraca vieja. ¿Siabrá cazao el patrón a on Donisio al güelo? Me voy a ir por estiotro lao pa ver lo quiá sío. (*Va a salir cuando entra misiá Rosario.*)

## ESCENA V.

*Jesús y Misiá Rosario.*

ROSARIO.—Yme, Jesús, habís oío ese isparo? ¿Quiabrá sío?
JESÚS.—Es seguro quiá sío el patrón. A eso iba pa ver si pueo averiguar algo.
ROSARIO.—Anda, Jesús, y güelve luego questoy intranquila.
JESÚS.—No me voy a ilatar ná patrona (*Mutis.*)

## ESCENA VI.

*Misiá Rosario, Catalina, luego Don Pedro.*

(*Don Pedro trae un fusil y viste con polainas y espuelas.*)

ROSARIO.—Me salta el corazón como sistuviera presintiendo una esgracia. ¿A onde habrá ido Peiro que no güelve entuavía?

CAT.—(*entra con un brasero donde una tetera hierve á borbotones.*) ¿Quiere más juego la patrona?

ROSARIO.—No, ta güeno, Catalina. Acércame el tarro e la yerba y de la azuca, el mate y el pan amasao.

CAT.—(*después de pasarle todo.*) ¿Na más se liofrece?

ROSARIO.—Ah! pásame dei del aparaor unas hojitas e ceirón. Questa luego lista la comía.

CAT.—Hace montón de rato que larmó la Peta.

ROSARIO.—On Pancho no se ilata ya mucho en llegar quiapenas llegué comimos. (*Mutis Catalina*) (*reparando en Don Pedro que llega pensativo.*) ¿Peiro tú juiste el que isparó ese tiro?

PEDRO.—(*con rudeza.*) Sí, yo juí y quiay con eso? tamién tengo que peír permiso? No pongai esa cara que too nuá pasao diun susto que ni con un quintal e jabón lo pasa.

ROSARIO.—Ay! Yostaba con un mieo de quiubierai hecho una barbariá. Comuesta mañana andabai montao en el rucio, con el genio arrevesao.

PEDRO.—¿Y nué destarlo? Cébame un matecito amargo como mi vía perra. Estiaño qué triste y qué sola ha estao toa la casa! Qué iferencia con el año pasao, questaba too florío y embanderao y toa la gente e fiesta! ¿Tiacordai del esquinazo que le ieron a la niña los inquilinos? ¿Tiacordai cuando cantaba sus tonás palegrarnos? Ende que se jué toas las tonás quei oío al pasar mian hecho llorar e pena.

ROSARIO.—Toos los años ha sío este día dialegría pa nuestros corazones Este será e luto ya naiden siacuerda e nosotros.

PEDRO.—Cuando me levanté me juí pal güerto y habís visto los uraznos? Como toos los años tan vestíos e rosao como pa una fiesta. E repente se me le figuró questaba la Juana Rosa ebajo e los uraznos y que yo los remecía muy fuerte pa tapale la caeza e flores. El rosal tamién taba florío y cuando liarranqué un botón paece que se quejaba. Mi acuerdo del año pasao cuando la Juana Rosa se me colgó del pecuezo y mijo: Papacito te

voy a peír un favor. Píeme lo que querai, lije, que lo más caro que tengo es la vía y te la aría con gusto. Papacito, ame diez pesos. Se los dí y espués supe queran pa comprarle meicinas a la Omitila questaba postrá en la cama y con el marío en lespital.

ROSARIO.—Eso sí, tenía un corazón dioro. Pobrecita onde estará agora, si pensará en sus paires.

PEDRO.—A caa rato cuando entro pacá creo que la voy a encontrar arreglando too siempre risueña y alegre común pájaro. Abro los ojos y siento la soleá y el silencio por toas partes. A ratos se me liocurre quen esta casa sian muerto toos. Cébame otro matecito amargo.

ROSARIO.—Es que no te istraís, Peiro, te preocupai emasiao e tus pesares. Alégrate un poco, toma vino, quicen quiaveces el vino suele ahoga las penas.

PEDRO.—Las mías saben naar, Rosario y al revés el trago me pone más pior mientras más tomo, Peiro el diantes ha muerto, confórmate con este quian arruinao los años. Hasta los espinos viejos cuando llega la primavera florecen, sólo yo siento en mi corazón como e lacha e la muerte que quere erribarme pronto.

ROSARIO.—Y si golviera otra vez la legría a la casa?

PEDRO.—La legría cuando se va no güelve. Ya tei dicho, Rosario, quiaunque güelva naiden podrá hacernos e nuevo.

CAT.—(*entrando*) Patrón! On Pancho ha llegao, ligo que pase?

PEDRO.—Sí mujer, quentre.

## ESCENA VII.

*Los mismos y Don Pancho.*

D. PANCHO.—Santas y buenas noches!

ROSARIO.—Iguales se las é Dios.

PEDRO.—Asiéntese on Pancho.

D. PANCHO.—Vamos, no se molesten, yo mismo atracaré esta otra silla. Nada de molestias, por eso muchas veces no quiero volver a esta casa porque me corren a cariños.

ROSARIO.—Usté se los merece on Pancho.

PEDRO.—Ya lo creo que se los merece. ¿Le cebamos un matecito?

D.PANCHO.—Vaya, no lo desecho, hace tanto tiempo que no me doy este gusto. Por allá en el norte poco se ve esto.

PEDRO.—Ay, on Pancho, yo no pueo ejar el mate, me cae muy bien lestógamo. Lo ques el mentao té pa los jutres quiandan po ei amarillos y flacos como velones e cera. Esa bebía e lo gringos miace el efeuto diuna meicina.

D. PANCHO.—A lo que te criaste, Don Pedro, no es verdad? ¿Y qué me cuenta de bueno? ¿Cómo están esos ánimos?

ROSARIO.—Mírele la cara a Peiro y verá quel cielo sestá encapotando

D. PANCHO.—Malo, malo, malo! Hay que levantar ese espíritu, echars las penas al hombro y asomarse a la ventana a contemplar e campo. La naturaleza, que es la vida, siempre está alegre sobr todo en estos maravillosos días de sol.

PEDRO.—Con too el sol quiaga afuera no poirían borrar la noche que llevo aentro. Ya siapagó el lucerito que la alumbraba.

ROSARIO.—Isculpe on Pancho, no le había priduntado por la Margarita.

D. PANCHO.—Ahí está la pobre manteniéndose a fuerza de morfina. Qué le hemos de hacer! He agotado todos los medios a mi alcance sin que ese Dios magnámino oyera mis súplicas.

PEDRO.—Pa mí que Dios es sordo e nacimiento.

D. PANCHO.—El golpe será tremendo para mí y sin embargo yo busco en la misma vida un lenitivo a mi pesares.

PEDRO.—(*parándose*) Usté me ispensará, on Pancho, voy pa entro a sacarme toos estos arreos que nuei dir a comer con espuelas.

D. PANCHO.—Vaya usted tranquilo, Don Pedro, para eso está en su casa, yo le haré compañía a misiá Rosario, no le parece?

ROSARIO.—Con mucho gusto! (*Mutis por la izquierda.*)

## ESCENA VIII.

*Don Pancho y Misiá Rosario.*

ROSARIO.—¿Le cebo otro matecito?

D. PANCHO.—Bueno, entre ponerle y no ponerle más vale ponerle, como dijo el otro. (*Pausa.*) Estaba deseando que nos quedásemos solos; tengo que comunicarle una noticia.

ROSARIO.—Si es güena ígamela, sies mala, más mejor que no.

D. PANCHO.—Es buena! Hoy he visto a una persona que le es a usted muy grata.

ROSARIO.—¿Una persona grata? ¿Aquí, en el pueblo?

D. PANCHO.—En el pueblo.

ROSARIO.—Al menos que yo sepa. Peiro nuesperaba a naiden e juera más quia usté.

D. PANCHO.—Es que la persona de que se trata es de mucha confianza y no necesita que la esperen.

ROSARIO.—(*emocionada y en tono de duda.*) Será... pero no; ¡quio currencia!...

D. PANCHO.—Dígalo, misiá Rosario, que usted está en lo cierto, lo he leído en sus ojos.

ROSARIO.—(*con intensa emoción.*) ¿La Juana Rosa?

D. PANCHO.—La misma.

ROSARIO.—¿Y ónde está? Onde la ha visto?

D. PANCHO.—Calma. El encuentro fué casual. Yo, como el único amigo que comprende vuestras desgracias, le dí albergue en mi hogar poniéndola a cubierto de la sospecha y de la maldad de la gente.

ROSARIO.—Gracias, on Pancho, gracias, que Dios se lo pague.

D. PANCHO.—Con que ustedes lo agradezcan me basta.

ROSARIO.—(*con ansiedad.*) ¿Y comuestá? Ta bien? ¿Ta siempre lo mesmo? Cuénteme, on Pancho.

D. PANCHO.—Estaba esta mañana por casualidad en la estación a la llegada del tren de diez. Entre los viajeros que descendían a andén vi destacarse la silueta elegante de una mujer que me llamó la atención. Vestía de negro y parecía como desorientada sin saber a donde dirigirse. Me aproximé, la miré fijamente; nos miramos un momento con cierta mezcla de duda y de alegría hasta que ella con esa voz armoniosa que ha sido siempre su encanto, me dijo: ¿Es usted el señor Francisco Ramírez? El mismo, Juanita, le repliqué. Ella se sorprendió al oír su nombre y hubo un largo rato en que los dos caminamos a lo largo del andén sin atinar a decirnos una sola palabra.

ROSARIO.—¿Y cómo está de salud? ¿Está siempre tan bonita?

D. PANCHO.—Su hermosura ahora es distinta a la que yo conocí, misiá Rosario. Antes su cara tenía la frescura de una rosa recién abierta. Ahora es una belleza rara por su palidez. En sus ojos hay un algo indefinido mitad hastío, mitad pesar. Su tristeza es honda, impresiona, conmueve.

ROSARIO.—Igame, on Pancho, y poiría yo verla aunque juera un momento a escondías e Peiro?

D. PANCHO.—De eso precisamente se trata. Anoche conversamos largo y tendido sobre este asunto. Se muestra pesarosa del daño que les ha hecho, pero ella misma comprende que el mal es irremediable. Me dijo: «usted sabe, Don Pancho, que mi vuelta nada remedia. Anoche he pasado muy mal, me acordaba de mis viejos que soportan en silencio mi deshonra, de mis hermanos que maldecirán a la mala hermana ausente y he llorado mucho hasta que en mis ojos se ha agotado la fuente del llanto. Y entonces como el criminal que siente el impulso irresistible de volver al sitio donde ha cometido su crimen he resuelto venir al pueblo, he deseado ver por última vez la casa solariega que me vió nacer, aspirar de nuevo el perfume de sus huertos, besar como en una despedida eterna las canas de mis padres y dar un abrazo cariñoso a mis hermanos. Si usted es bueno vea a mi madre, repítale mis palabras y si bajo la ceniza de su cariño queda alguna brasa dígale que me conceda esta última petición de una hija más que culpable desgraciada.» Y he venido a cumplir ese sagrado encargo.

ROSARIO.—Sí, on Pancho, ígale que venga que su maire es siempre la mesma diantes, ígale que venga.

D. PANCHO.—Es que tal vez la interesada no debe estar lejos, misiá Rosario, y bien podría...

ROSARIO.—¿A venío con usté? Está aquí?

D. PANCHO.—No está lejos y si usted quiere...

ROSARIO.—Sí, quiero, tráigala, quiaunque su paire sioponga aquistá su maire pa amparala quialfin el cariño e maire nuay quen lo prohiba ni el mesmo Señor e toos los cielos.

D. PANCHO.—(*saliendo.*) Voy a buscarla, procure serenarse. No está lejos misiá Rosario, calma... un momento...

## ESCENA IX.

*Misiá Rosario, luego Catalina, Jesús, Pascual y Tomás.*

ROSARIO.—(*llamando nerviosamente.*) ¡Catalina! ¡Catalina! ¡Ay! Dios mío, no sé lo que me pasa, no sé siestas lágrimas son dialegría o de pena.

CAT.—¿Patrona?

ROSARIO.—Anda a llamar a Pascual y a Tomás ile que quero hablarlos. Corre. (*llamando*) ¡Jesús!
JESÚS.—¿Qué manda la patrona?
ROSARIO.—Abre la puerta y acompaña por el otro correor a on Pancho que viene con la Juana Rosa.
JESÚS.—(*con alegría*) ¿La iñorita?
ROSARIO.—Sí, cuidao con que vaya a sentir Peiro. Los traes para la sala.
JESÚS.—Voy volando. La iñorita, qué gusto, qué gusto!
(*Pascual y Tomás entran asustados.*)
PASCUAL.—¿Qué te pasa, mamá?
TOMÁS.—Dime viejecita qué tienes?
ROSARIO.—Es que limpresión me tiene entuavía nerviosa. ¿Saben quién ha llegao?
PASCUAL.
TOMÁS. } Pedro?
ROSARIO.—Acérquense, la Juana Rosa.
PASCUAL.
TOMÁS. } La Juana Rosa?
ROSARIO.—Sí, la Juana Rosa...ebe llegar ligerito con on Pancho quiacaba dir a buscala. La pobre taba esperando mi permiso pa poer entrar
PASCUAL.—Y mi padre?
ROSARIO.—Ta allá entro cambiándose ropa: pero no volverá hasta otro rato. Siento pasos en el correor... se acerca... Ay! parece que miahogo!...
TOMÁS.—Mamá por Dios!
ROSARIO.—¡Ay! Dios mío, por fin escuchaste mi ruego. Virgen del Carmen, mias ganao la manda. Ame agora valor pa pasar este trance.

## ESCENA X.

(*Entra Juana Rosa vestida de negro y con velo en la cabeza. En su cara se nota una palidez intensa. Don Pancho se quedará a una distancia respetuosa enjugándose los ojos mientras contempla la escena que se desarrolla. Catalina, Peta y Jesús observan curiosamente el vestido de la recién llegada. Pascual y Tomás demuestran una gran ansiedad.*)
JUANA.—¡Madre de mi alma!

ROSARIO.—Mi Juana Rosa!

(*Permanecen abrazadas y sólo se oye el rumor de los sollozos y los besos.*)

JUANA.—(*abrazándoles*) Tomás! Pascual! Catalina! Peta! (*al llegar a Jesús da la mano.*) Jesús.

JESÚS.—Me volé del abrazo! Pucha la suerte que tengo.

ROSARIO.—(*acercándole una silla.*) Asiéntate, hija, ebes venir muy cansá. Pascual pásale un poco diagua. No te inquetes Juana Rosa, quiay tiempo pa too. (*Misiá Rosario contempla con adoración a su hija, y le acaricia las manos. Juana Rosa entre risas y lágrimas alisa los cabellos de la anciana.*) Mi Juana Rosa, tas güena? tencuentro más paliucha. Si me paece questoy isfariando...

JUANA.—Pobre, madrecita mía, mi viejecita linda, creí que no iba a llegar nunca esta hora, creí que iba a morir sin volver a acariciar tu cabecita blanca. (*Fijándose en Pascual.*) Ven acá Pascual, siempre eres tan malo, es decir tan travieso? Te noto más delgado y pálido.

PASCUAL.—(*Se hace el distraído.*) ¿ Tú, como estás hermana?

JUANA.—Yo soy como las manzanas, muy bonitas por fuera y podridas por dentro.

PASCUAL.—Cállate no quiero oírte hablar así.

JUANA.—Y tú, Tomasito, siempre tan soñador, tan poeta? Has escrito versos nuevos? Todavía conservo unos que encontré en el cajón de tu velador. Verás que tengo buena memoria decían:

¿Qué es el amor? Sonrisa indefinida,  
es flor que todo su perfume vierte  
sobre las amarguras de la vida  
para hacernos triunfar ante la muerte.

TOMÁS.—Ya no hago versos, hermana, me he dedicado ahora a hacer el papel de lagarto.

JUANA.—De lagarto... qué gracioso!

TOMÁS.—Me paso todos los días tendido al sol; pregúntale a mi madre.

D. PANCHO.—(*comprendiendo que estorba.*) Con permiso... voy a fumar un cigarrillo al jardín, volveré luego. (*Mutis.*)

ROSARIO.—(*a Pascual y Tomás.*) Hijitos... éjennos un ratito solas... vayan a entretener a Peiro. (*Hacen mutis por la izquierda.*)

JUANA.—Y mi papá que es de él?

ROSARIO.—Eitá el pobre, más viejo y más abatío. ¡Hemos sufrío tanto!

## ESCENA XI.

*Juana Rosa y Misiá Rosario*

JUANA.—(*al notar que están solas se arrodilla a los pies de su madre.*) Madre mía! he venido a solicitar tu perdón. Tu mala hija ha sentido en su corazón la angustia horrible de vivir maldecida y aborrecida por los padres que le dieron el ser. Mala o buena, desgraciada o perversa, como tú quieras, de todos modos soy tu hija y he venido rebosando de amargura para arrodillarme a tus pies, para besar tus canas inmaculadas. Dime viejecita linda, madrecita querida que me perdonas... que no me quieres mal, que no me maldices a pesar de que tanto te he hecho sufrir.

ROSARIO.—(*llorando*) Levántate, Juana Rosa, asientate aquí a mi lao, muy cerquita e mí, hace mucho tiempo que te he perdonao, y que ruego a Dios por que no te pase naa malo. Asiéntate aquí comuantes cuando te queabas ormía en mi falda mientras te contaba cuentos. ¡Cuánto habrás sufrío, pobrecita mía! En la cara se ven los rastros e tus penas... No llores, pa mí eres la mesma diantes, la mesma Juana Rosa quialegraba toa esta casa hasta agora tan triste.

JUANA.—Tú no sabes, como me ha hecho llorar este regreso después de tanto tiempo. Hasta el perro, el pobre «Mono» ha parecido alegrarse con mi llegada. Daba brincos y meneando la cola me lamía las manos cariñosamente. Muchas veces he pensado morir al ver toda la amargura que he derramado sobre vuestros corazones.

ROSARIO.—Has sufrío mucho, Juana Rosa, nuescierto?

JUANA.—Sí mamá. Ay! nunca se conoce el bien hasta que se ha perdido. Si, como tú dices, he sufrido mucho, mucho. La vida es cruel y muy amarga. No me preguntes nada de mí porque me da vergüenza mi pasado, y por que no quiero que se empañe la blancura de tus canas con lo negro de mi pecado. En la expiación de mi culpa he tenido el castigo que por cierto ha

sido bien sangriento. Muchas veces estuve por dar este paso y tuve miedo. Miedo de qué? Nunca lo supe, pero mi corazón se paralizaba y me sentía indigna de recibir de nuevo la santidad de tus besos. Cuando venía por el camino temblaba como el ladrón que va a cometer un sacrilegio en un templo. Anoche al acordarme del día de mi cumpleaños pensé en lo solo y lo triste que estarían y sentí un remordimiento atroz que parecía despedazarme las entrañas. Iré, me dije, a arrastrarme a sus plantas, que me insulten, que me maldigan;· qué importa si puedo contemplar una vez más los rostros queridos y la vieja casa donde tuvieron calor y vida mis ensueños juveniles. He sufrido mucho, madre, he sufrido todo lo humanamente posible.

ROSARIO.—Pobre, hija mía, no tiagites, reposa un rato. Tú no tirás tan pronto.

JUANA.—(*con pena*) No puedo, madre, ya no me pertenezco, ya no soy la Juana Rosa de antes. Piensa que viviríamos todos amargados, la sombra de mi culpa se interpondría entre nosotros. No puedo madre, no tendría fuerzas para soportar esta tortura eternamente. Ahogaré mis penas lejos, la vida es corta, la muerte nos despoja de nuestra carne manchada y en la otra vida, si la hay, se juntarán nuestras almas purificadas por el dolor.

ROSARIO.—No, Juana Rosa, tú no te irás e nuevo, ten compasión e tus pobres viejos.

JUANA.—Lo he pensado mucho y es imposible, madre, imposible. Mi suerte está echada y seguramente más tarde tú misma me repudiarías. No llores, desde ahora te prometo que nos contaremos nuestras penas. Te escribiré a menudo, ¿qué te parece?

ROSARIO.—Y no pensai ver a tu paire?

JUANA.—Tengo miedo, madre, no podría soportar el fulgor de su mirada severa. Le conozco, madre, sé que no me perdonaría nunca, él que ha sido inflexible para conservar la tradición de su familia. Para mi padre ya no soy su hija sino una perdida que arrastró en jirones su honra por el cieno. No quisiera verle porque le tengo miedo.

ROSARIO.—No, Juana Rosa, tu paire es severo, pero tú ebes verlo y peírle perdón. Como hombre será ergulloso, como paire no poiría esconocer a la hija que fué el lucerito e su vía.

JUANA.—No tengo fuerzas para soportar este trance amargo, no tengo fuerzas. Me sentiría morir de vergüenza y de pena ante él. Si quieres siempre a tu Juana Rosa, no me pidas que dé este paso.



ROSARIO.—Peruél tendrá que sabelo, Juana Rosa y entonces sería pa que siamargara más y techara una maldición pa toa la vía.

JUANA.—No me pidas, madrecita querida, que sufra esta nueva vergüenza, te lo ruego por lo que más quieras en este mundo. Mira, te lo pido de rodillas.

ROSARIO.—Ya quias venío ebes saluarlo. Hace un rato miablaba e vos sin saber questabai tan cerca e nosotros.

JUANA.—¿Y qué decía, qué decía, madre?

ROSARIO.—Entre lagrimones recordaba los años pasaos, las fiestas e tu cumpliaños y se apenaba de que naiden viniera agora a espertarle por las mañanas con un beso en la frente.

JUANA.—¡Pobre padre! cuanto habrá sufrido!

## ESCENA XII.

*Los mismos y Catalina.*



CAT.—(*entrando con un manojo de rosas.*) Usté me isculpará, patrona, acabo dir con una vela pal rosal que plantó la iñorita y lei cortao este manojo e rosas.

JUANA.—(*recibiendo el ramo y aspirando su perfume.*) Gracias, Catalina, que Dios te lo pague.

CAT.—E naa, iñorita. Si viera usté lo lindo questá el rosal! (*antes de hacer mutis Catalina, se desarrolla una escena muda. Juana Rosa corta un botón del ramo lo besa y se lo da a Catalina que sale ahogada por los sollozos.*)

JUANA.—(*aspirando el perfume.*) Qué cariñosa es esta gente, madre, no me olvidan. ¡Ay! qué delicioso perfume, cómo llena de una embriaguez extraña mi corazón. Sí, es el mismo perfume de mis rosas, lo conozco, qué sensación más dulce la que me dan. Quisiera que esta fragancia fuera como un veneno sutil que me dejara dormida eternamente en tus brazos, madre querida.

ROSARIO.—Siento pasos...

JUANA.—(*como despertando de un sueño hermoso.*) ¿Qué hay, madre?

ROSARIO.—Asiéntate, no te muevas, no temas, que tu maire te efenderá.

JUANA.—¡Ay! Siento que el corazón se me quiere salir por la boca. (*se pone de pie, nerviosamente.*)

## ESCENA XIII.

(*Los mismos. Por la izquierda entra Don Pedro con Pascual y Tomás. Don Pancho, al empezar el diálogo, entra lentamente por el foro.*)

(*Juana Rosa al ver a su padre suelta el ramo de flores que cae a sus plantas. Luego en un impulso irresistible corre hacia Don Pedro que permanece en una actitud iracunda y se deja caer a sus pies.*)

JUANA.—¡Padre mío!...

PEDRO.—Quita, éjame, yo no soy tu paire! Yo tenía una hija y murió hace mucho tiempo. Quítate diai!

ROSARIO.—Peiro, compaécete e la pobre.

JUANA.—(*llorando.*) Padre mío! Sí, ya sé que he sido muy mala que te he hecho sufrir mucho, que he hecho cubrirse de canas tu cabeza; pero mírame a la cara como antes. Yo también he sufrido mucho, casi tanto como tú.

PEDRO.—Ejame, que siento quiaentro argo me yerve, argo miaoga, que sería capaz...



JUANA —Sí, lo que tú quieras, padre mío, maltrátame, ahógame entre tus brazos como a una bestia maldita... todo lo prefiero, tu ira tu odio; pero no me desprecies.

ROSARIO.—Apiádate della, Peiro.

PEDRO.—¿Y ella tuvo piedá pacer peazos este corazón como si juera a tirárselo a los perros? ¿Tuviste pieá pa pisotear el nombre de tu paire y revolcalo comun estropajo? Quítate e mi vista que siento mis ojos llenos e sangre, no esafíes mi rabia... no miagái cometer argo que me perdería pa toa la vía. Quítate! no quero verte porque me a asco.

ASCUAL.} Padre, padre, que es nuestra hermana. (*Se le cuelgan de sus*
OMÁS. } *brazos.*)

JUANA.—Ya no te acuerdas de tu pequeña, de tu lucero, de tu Juana Rosa que peinaba tus barbas y que endulzaba tu boca con sus besos? Ya no te acuerdas de la que te arrullaba el sueño con sus canciones? ¿No me contestas, viejo mío? Mírame de frente para mirar hasta el fondo de tu corazón.

EDRO.—Si supierai como suena tu voz aquí aentro! Cada palabra es una gota e plomo erretío que miabrasa. Ejame, no te conozco agora, éjame solo, que no quero más compaña que mis penas.

. PANCHO.—(*enternecido.*) Mi querido amigo, tenga usted compasión de su hija más desgraciada que culpable. Los que hemos corrido la vida y hemos apurado su cáliz amargo hasta las heces debemos ser más compasivos, más buenos, más humanos. ¿No le da a usted lástima ver a misiá Rosario abatida por el sufrimiento? ¿No ve usted a sus hijos implorando su gracia? ¿No ve usted a este su viejo amigo que le aprecia de veras enternecido como un chiquillo solicitando piedad para esta pobre? Dejemos para otros la dignidad y el pundonor que harta falta les hace, para los eternos farsantes de la sociedad que ocultan tras ella sus rostros envilecidos como tras una careta, para los de alma negra y corazón de bronce. Aquí hay una hija que implora a un padre, una hija que llama a su corazón, desesperada. Abridle que llama al padre y no al González orgulloso y terco por tradición. Tendedle la mano mi viejo amigo. Recordad que Cristo perdonó a Magdalena porque había amado mucho!

UANA.—¡Padre mío!

PASCUAL.—Escucha, papá, a nuestra hermana!

TOMÁS.—Abrázale, padre, que el amor redime todas las culpas.

ROSARIO.—Peiro, por el sagrao recuerdo e nuestro cariño!

D. PANCHO.—Sí, amigo. Levántate Rosa, abraza a tu padre.

(*Hay un momento supremo y doloroso. Pedro lucha interiormente ve a todos que lloran y le miran implorando y se declara vencido.*)

PEDRO.—(*estallando en sollozos*) Hija de mi alma!

JUANA.—Padre mío! Gracias Dios mío, ahora ya puedo morir contenta.

## ESCENA XIV.

*Los mismos, luego Catalina y Jesús.*

PEDRO.—(*con voz airada*) Jesús!

JESÚS.—(*cabizbajo*) ¿Qué quere el patrón?

PEDRO.—Ile a José Antonio que abra la boegas, que reúna a toos l inquilinos y que les é trago hasta que se curen. Que suenen l vigüelas y se bailen cuecas bien animás, que hoy es el cumpliañ e Juana Rosa y quero que la casa té alegre como en un diciocł

JUANA.—(*besándole las manos*) Gracias, padre mío, gracias!...

PEDRO.—(*pasándole un billete a Jesús.*) Espués te vai al pueblo comprai volares y luces e bengala.

JESÚS.—Y los priendo yo, patrón? Soy muy entendío...

PEDRO.—Como querai.

JESÚS.—Esta siarmó. Esta noche me voy a curar comun paco! (*Mutı*

PEDRO.—(*llamando*) Catalina! A servir la comía que ya es hoı Ah! y licís a José del Carmen que mañana no sale naiden trabajar y que les mate cinco corderos pa que se ivierta (*Mutis Catalina.*)

D. PANCHO.—Bien decía yo, Don Pedro, que usted era hombre cabɛ Nunca viene mal un poco de alegría.

ROSARIO.—Sí, questemos toos contentos, nuescierto hijos?

PASCUAL. } Sí, mamá.
TOMÁS. }

ROSARIO.—Sácate el velo y refrégate los ojos. (*mirándola*) No ɛ por qué agora tencuentro más bonita. Ame un beso.

JUANA.—Con toda el alma, madre!

TOMÁS.—(*abrazando a Pedro*) Padre no esperaba menos de ti. Teng orgullo de tener un padre como mi viejo!

## ESCENA ÚLTIMA.

(*Todos toman colocación en la mesa mientras afuera se siente unos vivas al patrón y a Juana Rosa. En todos los ojos se ve brillar las lágrimas. Juana Rosa se quedará de pie detrás dı asiento que le corresponde a la derecha de su padre.*)

PEDRO.—(*santiguándose*) En nombre del paire, del hijo y del espírit santo! (*Todos lo imitan.*) Paire nuestro questás en los cielos.. (*Murmullo de oraciones.*) Amén.

(*Reparando en que Juana Rosa está de pie le dice con profunda pena.*) Asiéntate! este asiento tuvo vacío mucho tiempo. Juana Rosa, mi corazón fué lo mesmo quiun vaso lleno con el licor de tu cariño. Tú un día le iste un golpe y lo trizaste y por la trizaúra el licor se fué gota a gota. No lo güelvas a llenar porque se saldría e nuevo.

(*Juana Rosa se sienta apenada, en la mesa todos están cabizbajos lagrimeando.*)

Asiéntate, Juana Rosa, que aunque vos te sentís esa silla, pa mi corazón, siempre estará vacía!...

(*Todos, incluso Juana, se llevan los pañuelos a los ojos mientras el telón cae lentamente.*)



## OBRAS DEL MISMO AUTOR



**Pájinas sentimentales,** Poesías, 1909.

**La silla vacía,** Comedia en dos actos, 1912.

### PRÓXIMAS A PUBLICARSE

**La reja,** Comedia en un acto.

**Lo frágil,** Comedia en tres actos.

**Cuentos de mi tierra.**

**A traves de la vida,** Poesías.

**Aventuras de Usebio Olmos.**

**Usebio Olmos,** detective.